

rieto asomado á su ventana, el cual, á una señal de su prima, vino inmediatamente á donde ella estaba.

— Vamos á ver, hermano mío, le dijo, no podríamos venir en ayuda á estas pobres gentes para sacarlos de su apuro?

Una vez al corriente de lo que pasaba, Mauricio se acercó á la escultura y permaneció algunos minutos contemplándola con una desdenosa atención. Propiamente hablando, no se podía decir que aquello era otra cosa sino una probatura que no pronosticaba nada bueno. Colocados en torno suyo, el joven ebanista, su mujer y Magdalena parecían esperar con ansiedad lo que iba á decir. Mauricio no dijo una palabra; pero de repente, no tanto por bondad de alma, como por deso de ponerse en escena, se quitó la levita, se remangó sus puños de batista, y apoderándose de varios instrumentos, atacó valerosamente aquel pedazo de encina rehelle á las manos de Marcelo. Magdalena triunfaba en secreto. En pie, inmóvil y sumergidos en una silenciosa contemplación, los dos artesanos seguían los progresos del trabajo, en tanto que los otros, curiosos cada uno en una silla, con sus rubias cabezas y sus caras de querubines, parecían el acompañamiento natural de la figura que principiaba ya á animarse gracias á los esfuerzos del cincel creador.

Por muchas borrascas que haya atravesado, por devastado que esté nuestro corazón, aunque fuese semejante al desierto de Sahara, aunque no encerrase dentro de sí mas que estériles y áridas arenas, posee sin embargo una flor que se manifiesta en toda su frescura y brillo como si estuviese nacida de la vispera: en vano todas las demas se han agostado; ni un pétalo siquiera le falta á su corola, y pura y hermosa se rie sobre el tallo que ningun viento pudo desarraigar. Esta flor inmortal del corazón humano tiene su nombre, se llama, vanidad. De este modo, Mauricio sin nada ya de lo que constituye la vida, Mauricio se recogió en secreto del efecto que estaba produciendo en su público. Aviado por el aguijón del amor propio había vuelto á hallar como por encanto aquel atrevimiento y aquella precisión de cincel que tanto enorgullecieron en otro tiempo al caballero. Salido del corazón de la encina, ya el arcángel vencedor sacudia sus trémulas alas. Al cabo de algunas horas, la figura que Mauricio había tomado en el estado de bosquejo, aparecía tan conorneada y pura, como si la hubiese cortado en el mármol.

— Ya está, dijo arrojando á un lado los instrumentos, y arreglándose los puños de su camisa; ya veis que difícil era.

La alegría de aquella pobre familia no tuvo límites. Los dos chiquillos aplaudían furiosos con sus manos, y llenos de admiración y de gratitud, la joven mujer y su marido rodeaban á Mauricio, le hacían mil elogios de su hermosa obra y le bendecían por su buena acción. Silenciosa y algun tanto risueña, Magdalena contemplaba aquella dulce embriaguez, lisonjándose de que el alma de su primo participaría de ella; pero Mauricio, concluido su trabajo, se apresuró á burlarse interiormente del necio placer que acababa de experimentar, y como nada le parecía mas tonto que las escenas de enternecimiento, hubo de cortar esta á lo mejor volviéndose á poner su levita.

— Ah! caballero, nos habeis salvado la vida! exclamó el joven obrero con efusión.

— Lo que decís es pura exajeración, contestó Mauricio seriamente; si no fuese así, mi servicio vale tan poca cosa que no mereo las mas ligeras gracias.

Y dicho esto rechazando con bastante dureza á los dos

chiquitos que se divertían en subirsele á las piernas, salió como había entrado y se metió en su cuarto. De dónde provenía aquel humor feroz? Provenía de que el corazón del hombre es un abismo de infames cobardías. Mauricio estaba furioso, sin saberlo, porque ya no tenía ni pretexto ni excusa para no hacer nada. Los jóvenes artesanos se quedaron conternados con aquella salida, y confundidos por no haber podido manifestar su gratitud. En cuanto á Magdalena, cruelmente herida con las palabras que acababa de oír se volvió para enjugar sus lágrimas. Sin embargo se dijo para sí que aquel día encerraba acaso el germen del porvenir.

Y en efecto desde aquel día Magdalena notó que Mauricio tenía frecuentes entrevistas con Marcelo. Cuando estaba delante de ella se callaba, pero Magdalena conocía muy bien en su aire sério y preocupado, que alguna cosa extraordinaria se estaba preparando para lo venidero.

Una mañana, al tiempo que se disponía á entrar en el cuarto de su joven amo, Ursula echó á correr muy asustada dejando la puerta entreabierta. Qué era lo que había visto? qué pasaba en la guardilla de Mauricio? Ursula se había inmediatamente á donde estaba Magdalena, y se arrojó sobre ella inundándola de lágrimas y de besos.

— Señorita, la dijo, venid, venid.

Y sin otras explicaciones tomó á Magdalena de la mano y la condujo andando muy quieto hácia el aposento de su primo.

— Mirad, mirad, sin hacer ruido ninguno.

La joven contuvo su aliento y miró por la puerta entreabierta, y cuando vió lo que dentro sucedía, cayó deshecha en lágrimas en los brazos de Ursula, y estas dos buenas criaturas permanecieron largo tiempo abrazadas.

Qué habían visto, pues, Ursula y Magdalena? El mas bello espectáculo que hubiesen podido contemplar: habían visto en pie, é inclinado sobre una mesa de carpintero, á Mauricio vestido con una blusa y trabajando.

XI.

El momento era muy propicio para la escultura de madera. Descuidado hacía mucho tiempo, ó mas bien perdido, este ramo del arte acababa de florecer de nuevo al caprichoso soplo de la moda. Es verdad que en aquella época habíamos caído en la edad media. La literatura se había hecho gótica para rejuvenecerse, y el gusto dominante en la poesía había invadido el arte del dibujo. En suma, la pintura, la escultura y la arquitectura coplaban exactamente la edad media. Por un estravio natural, los muebles habían seguido la misma inclinación. Después que se despojaron de todos sus adornos y antifueñas una porción de palacios de las provincias para satisfacer el gusto parisiense, cuando todo lo que era edad media verdadera se acabó, preciso fué entrar en el período de las imitaciones. El nogal y la encina labrados por hábiles manos engañaron felizmente mas de un entendedor, y esta inocente astucia enriqueció á algunos artistas privilegiados. Por conducto de Marcelo, Mauricio se halló encargado casi inmediatamente de trabajos importantes, de modo que en pocos meses, pudo ponerse enteramente al abrigo de la necesidad con las dos criaturas que le estaban confiadas. Vivían en la pobreza, pero en esa pobreza laboriosa que no debe nada á nadie, sin remordimientos hacia la vispera y sin cuidados para el otro día, condicion mil veces preferible al lujo facticio en que Mauricio había vivido. Es cierto tambien que este joven no parecía muy interesado ni convencido de

las ventajas de su nueva posición. Aceptaba su destino, de testándole, y trabajaba, maldiciendo el trabajo. Cuántas veces sintió desfallecer su ánimo en los primeros pasos! Cuántas veces, entregándose á arrebatos sin nombre, aun en presencia de su prima, lanzaba lejos de sí colérico sus instrumentos todos y hacía pedazos á patadas la obra que había principado, como si ignorara que la gracia dobla el precio del sacrificio, y que la acción mas noble de este mundo debe ir acompañada de una sonrisa! Mauricio se ponía horrible en estas ocasiones. Magdalena le miraba con tristeza, y después, cuando el desgraciado joven caía desfallecido sobre su cama, enjugaba el sudor de su frente, considerándose muy feliz si Mauricio no la despedía con alguna dura palabra. Lo que le estimulaba y le sostenía en la lucha que había emprendido, era el orgullo, porque, ante todas cosas, tenía á honor el no deber ninguna cosa á su prima. El pensamiento de que había vendido sus diamantes, y de que había trabajado para cuidarle cuando su enfermedad, le era de todo punto insoportable. De este modo se decía que cuanto mas antes pudiese asegurar la existencia de Magdalena, tanto mas pronto se hallaría pagado con respecto á ella, y podría disponer de sí como le pareciera. El suicidio continuaba velando á su cabecera, no como un espectro amenazador, sino como el ángel de su libertad.

Sin embargo, hay en el mundo una alegría, ignorada de todos aquellos á quienes la vida no les ha costado mas que el trabajo de nacer, y que Mauricio sintió muy vivamente, puesto que no habiéndola previsto, no había podido naturalmente sustraerse á ella. Esta alegría, pueril si se quiere, pero siempre muy grande, es la que se experimenta cuando se toma en lamano el primer dinero que se ha ganado con el trabajo. Pero no, esta alegría no es pueril, porque no es hija de otra cosa sino del sentimiento de nuestro valor personal. Por ventura, la riqueza creada por nuestro trabajo, no es la mas legitima de todas las riquezas, y aquella que mas justamente nos halaga? El heredero que cuenta su oro, es ménos rico á los ojos de Dios, que el obrero que recibe su salario. Estas reflexiones estaban muy lejos del ánimo de Mauricio, pero sin embargo cuando vió encima de su mesa el puñado de escudos que Marcelo recibió por él, les fué tomando uno á uno para examinarlos alternativamente con una expresión de infantil curiosidad. Hubiérase dicho que era un avaro, ó un pobre diablo que se ve con dinero por la primera vez. Por un movimiento natural, digno de los mejores dias de su juventud, salió de su cuarto alegremente para llevar en triunfo aquellas primicias á Magdalena. Pero ay! antes de llegar á la puerta de la joven alemana, ya calificaba de tontería el contenido que acababa de experimentar, y en ménos de un minuto aquel hermoso transporte se apagó. Ursula estaba en el comedor: Mauricio le echó friamente el puñado de escudos en el delantal y se retiró sin decir una palabra.

En el cumplimiento de su deber, por duro y penoso que sea, Dios ha puesto una satisfacción interior á la cual rara vez se sustraen hasta las almas mas degradadas. Además, si la mas ingrata de todas las profesiones tiene á veces sus horas de placer, el cultivo de un arte cualquiera por modesto que sea, debe tener sus ratos de entusiasmo. Al mismo tiempo que mordía el freno, Mauricio hallaba en encanto inaudito en conocer que era útil y necesario. Por otra parte, hay que decir tambien que varias veces llegó á apasionarse de las figuras que creaba su cincel. Las castas imágenes de su juventud rodaban en torno de su taller. Veíase junto á su padre trabajando con él en Valtravers, y el retrato del buen caballero parecía sonreírle y animarle. En una palabra, á

parte de los accesos de furor que acabamos de indicar, y que por fortuna se iban haciendo ménos frecuentes cada vez, al cabo de algunos meses, cuando la tarde se acercaba, Mauricio se admiraba de la rapidez con que había pasado el tiempo, y de la tranquilidad que había disfrutado. El trabajo lea consigo su recompensa: nos alisa del mundo y de nosotros mismos, y aunque solo se le debiese esa serenidad que se experimenta después de haber trabajado bien todo un día, esto solo bastaría para amarle y bendecirle.

(Se continuará.)

EL MORVAN.

El territorio del Morvan se estiende en los tres departamentos del Nièvre, del Yonne y del Saône y Loira. Las revoluciones del globo han impreso un carácter particular á su suelo de granito. Las rocas que han sido levantadas por una fuerza enorme parecen tocar al cielo con sus agudas picos. A sus montañas suceden terraplenes de praderas rodeados tambien por otras montañas cubiertas de bosques. La naturaleza se muestra por todas partes fuerte y solemne; las aldeas se hallan dispuestas de un modo pintoresco sobre el flanco de las colinas ó en el fondo de los valles. Muchos caminos, poco frecuentados aun rodean los montes, atraviesan el pais y le dan un aire de vida moderna que le era desconocido hace treinta años.

Sin embargo solo los grandes centros de poblacion han sacado algun provecho de este nuevo elemento de civilización. El campesino del Morvan continúa guiando la antigua carreta con las cuatro ruedas desprovistas de hierro. Los buyes con sus largos cuernos se parecen á los buyes de Boma. El campesino canta todavía sus antiguas canciones con la misma cadencia con que las cantaban sus abuelos; si encuentra á algun forastero le saluda con su enorme sombrero, y si este último le pregunta las señas del camino, le responde con aire burlo que no las necesita porque las sabe.

Las mugeres del pais gastan basquiñas cortas; la cabeza la llevan cubierta de cintas de color, lo que las da un cierto aire de coquetería. Sus bailes al son de la gaita son muy animados.

Si al dejar el camino de Lyon á Avallon, bonito pueblo del departamento del Yonne, se penetra en el Morvan, se encuentra primeramente la aldea de Quarré-les-Tombes, antes baronia de los ilustres señores de Chastellux cuyo castillo fuerte se eleva aun á pocas leguas como un nido de águila, y que recuerda las cruzadas y las guerras feudales. Quarré debe su nombre á un depósito de tumbas allí establecido, segun algunos autores, para los galo-romanos de la comarca. El cementerio se halla lleno aun de estas tumbas vacías.

Lormes, Corbigny, Montsanche y Château-Chinon, pueblecos del departamento del Nièvre son los puntos mas importantes del Morvan propiamente dicho. Desde lo alto de la montaña en que se eleva la iglesia de Lormes, su vista se estiende á quince leguas á la redonda, abrazando hasta las ruinas del castillo de Montenoison. Las aguas del arroyo de Lormes que salen de un vasto estanque se precipitan furiosamente en grandes cascadas desde lo alto de la montaña.

Château-Chinon, capital del pais que ya conocieron los romanos, conserva aun las ruinas de una fortaleza feudal.

El monte Beuvray es muy célebre en las leyendas del

Morvan; aun se ven en él vestigios de un campamento y muchos caminos romanos desembocaban allí. En Saint-Honoré las aguas termiales ya muy apreciadas por los conquis-

tadores de las Galias, gozan en nuestros días de bastante reputación. La cria de ganados y la explotación de los bosques son



Una vista de un bosque del Morvan.

las principales industrias del Morvan. Los vientos de este país tienen desde muy antiguo muy mala fama; en efecto, cuando el sudoeste sopla en la primavera sobre las monta-

ñas cubiertas de tres pies de nieve, lleva hasta los valles de Yonne y de la Côte-d'Or un corriente de aire glacial y destructor.

REMBRANDT.



Jacq. MARVY.

Rembrandt—

La ronda nocturna.

Cuando el viajero, que busca ante todas cosas las producciones de los grandes maestros del arte, ha visitado Amberes donde se admira á Rubens, y Amsterdam donde hay tan hermosas obras de Rembrandt, lo primero que hace en medio de su religioso afán es buscar un guía que le lleve al Museo real.

En efecto, se va, se llega al mercado nuevo, sobre el muelle Klovenierburgwal, se ve la casa llamada *el Trippenhuis*, y allí en todos los pisos de esa casa se ve el célebre Museo de Amsterdam y en él, el hermoso cuadro de la *ronda de noche*.

Por grande que haya podido ser la idea que uno se haya formado de este cuadro, por inmensas que sean las bellezas que uno se haya creado en su imaginación antes de verle, la realidad es superior y la pintura de Rembrandt sobrepaja todas las quimeras que el hombre mas exaltado se haya podido imaginar.

Lo que llama primeramente la atención es el extraño claro-oscuro que el pintor ha sabido emplear aquí, es la fantástica y bien entendida distribución de la luz y las sombras; se conoce que el pintor no se ha apartado de las combinaciones que pueden resultar en lo posible del claro con el oscuro, pero se descubre tambien que aquella combinación es inaudita, y que un nuevo creador, al acometer las realiza-

ciones que Dios ha dejado al arte, ha pronunciado tambien un nuevo *fiat lux*.

Solo despues de haber experimentado esta primera y soberana impresión, sin saberlo y casi contra la propia voluntad, principia el espectador á darse cuenta de los personajes y del asunto. El asunto, quién puede saberle tal como es? Quién osaría afirmar que esos burgomaestres, esos soldados, esos arcabuceros y esos tambores van haciendo una *ronda nocturna*, como lo indica el título tradicional del cuadro, ó sísalen con otro desigüno del edificio que está detrás á través de la sombra transparente y de las rendijas de su maciza arquitectura?

Porqué se encuentra en medio de ellos esa jóven sobre la cual se desprende un rayo tan claro de luz que parece hallarse cubierta de raso y pedrerías? Es una de esas princesas errantes, una de esas víctimas que arrastraban en su comitiva los malandrines caballeros siendo libertadas por los héroes de la Mesa Redonda, cuyos interesantes episodios se hallan en los maravillosos poemas de Cervantes, del Taso y del Ariosto?

No para toda especie de cuadros se puede decir que el asunto importa poco, pero en este, en el que se llama generalmente la *ronda nocturna*, acaso se puede decir y con razón, porque tanto para la gloria de Rembrandt como para

satisfacción de la posteridad, es ya bastante el ver en él, el poema mas asombroso de luz y de sombra que se ha escrito jamás en un lienzo.

J. J. ARNOUX.

MAGDALENA

POR
JULES SANDEAU.

(Véanse las págs. 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210, 217, 226 y 236.)

Desgraciadamente estas sanas influencias no habían tenido tiempo para fructificar en el ánimo de Mauricio, que al concluir el día, iba a disipar fuera el provecho moral de su trabajo. Demasiado superior, á su juicio, para poder sujetarse á la existencia regular de un artesano, había declarado espresamente que quería vivir á su capricho. Los guisados de Ursula le gustaban poco, y comer solo con Magdalena era cosa que tampoco apetecía. En fin, como todas las personas débiles, Mauricio quería dar á conocer que dependía solo de su propia voluntad. Por la mañana almorzaba frugalmente en su cuarto, y por la tarde, cuando daban las seis en los relojes de las cercanías, dejaba su blusa, se vestía y salía, la mayor parte de las veces sin haber visto á su prima en todo el día. Desde el momento que había sabido cubrir sus necesidades, se imaginaba que nada la debía. Al salir de casa, siempre iba sosegado, con la cabeza descargada y la sangre fresca por el trabajo, el silencio y la soledad. Al pronto experimentaba una especie de embriaguez en sentirse fuera de su guardilla, perdido entre la muchedumbre y libre en medio de la calle. Mas sin embargo, ¿dónde iba? Había roto violentamente con su pasado, ni un solo amigo le quedaba, ¿por mejor decir el círculo en que había gastado su juventud, se tienen camaradas, pero no amigos. Mauricio caminaba al acaso, y casi siempre un encanto fatal le llevaba hacia los sitios en que había naufragado.

Pálido, abatido, arrimado á las paredes, como un naufrago en una playa, mirando con ojos celosos como pasaban los buques sobre las olas que se tragaron su fortuna, Mauricio atravesaba con aire sombrío esa fiesta eterna que jamás se viste de luto por sus víctimas y en que los mas jóvenes, hermosos y brillantes desaparecen sin dejar detrás de sí ni vacío ni sentimiento. Sus malas pasiones un instante adormecidas se despertaban en tumulto en su seno. En esos boulevard inundados de luz, en medio de los encantos que son el orgullo de París y una de las maravillas del mundo, en aquellas aceras que le habían visto tantas veces paseando con elegante ociosidad, Mauricio pensaba en la calle de Babilonia, en su guardilla y en su taller de carpintería, y lágrimas de rabia corrían á lo largo de sus mejillas. Irritado y calenturiento, se volvía como una fiera herida con mil dardos emponzoñados. Antes de retirarse á su cuarto solía entrar á ver á Magdalena que, ya como hemos dicho, tenía la costumbre de trabajar en compañía de Ursula hasta las altas horas de la noche, y no lo hacía en verdad ni por cariño, ni por simple política, sino que el desgraciado obedecía únicamente á la cobarde necesidad de exhalar su cólera y de vengarse de los males que le aquejaban sobre aquellas dos pobres criaturas. Todos los egoístas son lo mismo: cuando padecen, desean que todo el mundo participe de sus padecimientos.

Mauricio las encontraba á las dos infaliblemente sentadas y trabajando á la luz del quinqué, tan sosegadas una y otra como si estuviesen aun á las orillas del Vienne en el palacio

de Valtravers. Con el sombrero en la cabeza y la levita abotonada hasta el cuello, Mauricio entraba bruscamente haciendo alarde de su humor desdenoso y sombrío. Ambas se levantaban para recibirle, Ursula con una caricia y con una sonrisa Magdalena. Nunca le dirijian una palabra que pudiese herirle, jamás le hacian una pregunta indiscreta; nada había por el contrario en su acogida que no respirase la mas adorable ternura como si se hubiese tratado de un hermano sumamente amable, ó de un querido amigo. Despues de rechazar brutalmente á su hermana de leche y despues de echar una mirada altanera á las pinturas de la joven alemana, Mauricio se iba á sentar al otro extremo del cuarto, y en tanto que las dos buccas criaturas volvían de nuevo á su labor, él se quedaba observándolas con aire feroz ó burlón. La serenidad de aquellas dos figuras, la calma de aquel interior, el orden que reinaba bajo aquel humilde techo, la armónica gracia que se revelaba en los menores detalles de aquella modesta vivienda, todo esto le exasperaba en vez de apaciguarle, y, buen luego, sin motivo ninguno, daba rienda suelta á sus furiosos: taciturno por lo regular, en estas ocasiones mostraba una alegría cruel, agresiva, implacable; sombrío y silencioso de costumbre, se volía gracioso, injurioso y á veces elocuente cuando se trataba de torturar el corazón de su prima. Lo que se desprendía muy claramente de sus discursos es que ya no podía aguantar de ningun modo á Ursula ni á Magdalena. Su prima oponía á todos sus dichos una dulce razon y una bondad inalterable, pero Ursula sabia muy bien cuantas lágrimas vertía despues que Mauricio se había ido.

Y no debían parar en esto los ultrajes. Mauricio pertenecía á esa escuela de jóvenes desvergonzados que porque se han comido neciamente su patrimonio con algunas jóvenes perdidas, creen conocer bien á las mujeres y se complacen continuamente en despreciarlas. Mauricio, bien que no hallase á su prima nada hermosa, había concluido por notar que estaba haciendo con ella el papel de un tonto: el amor propio y la vanidad se le subieron al cerebro en humaradas groseras. Era por ventura natural que un joven que no tenía treinta años viviese fraternalmente con una joven de veintitres, puerta con puerta y bajo el mismo techo? Qué pensarían de ello si lo supiesen sus antiguos compañeros? Qué debía pensar tambien la misma Magdalena? porque es de advertir que en la ternura que esta le manifestaba, Mauricio no vacilaba en ver una provocacion poco disimulada. Sin embargo, cuantas veces iba á ella con ánimo de cambiar una posicion que tan ridicula le parecia, se apoderaba de él un vago sentimiento de respeto que no podia explicarse y que le incomodaba, y tenia que retirarse al punto sin haberse atrevido siquiera á tomarla una mano.

Salido desde por la mañana, un día que no tenía nada que trabajar, Mauricio había estado hasta por la noche bajo los rayos de un sol abrasador. En los alrededores del antiguo teatro italiano entró á comer en una especie de fonda de un aspecto muy poco decente. Sentado en el fondo de una pieza oscura, á la claridad de una miserable luz de aceite, comió poco y se bebió una botella de esos vinos de alcohol que no han satisfecho jamás los derechos de puertas. Muy lejos estaba esta comida de las que hacia Mauricio antiguamente en los salones del café de París, cuando su carruaje le esperaba á la puerta y su groom en el último escalón del peristilo. Puesto de codos en el mantel, con la frente entre sus manos, permaneció largo tiempo sumergido en un caos de pensamientos irritantes, exaltados por los vapores de la embriaguez. Con la cabeza y los sentidos abrasados Mauri-

cio pasó una gran parte de la noche, siguiendo con ojos encendidos las evoluciones de las infames sirenas que arrojan á las aceras los sumideros de la vida parisiense. Cuando entró en el cuarto de su prima y la halló sola, no pudo ménos de sentir un movimiento de feroz alegría. Ligeramente indisputa desde el día antes, Ursula había debido ceder á los ruegos de Magdalena aquella noche para que se acostase. La joven estaba leyendo cuando Mauricio entró: al punto cerró el libro, é hizo á su primo el recibimiento acostumbrado sin hacer ver que conocía la alteracion de sus facciones, el brillo sombrío de sus ojos y la inflamada palidez de su rostro. Mauricio se sentó á su lado, y allí con una voz ardiente y cortada, cuyo acento era mas propio para la injuria que para la lisonja, empezó sin transición ninguna por decirle cosas tan exajeradas que la joven se le quedó mirando con aire de extrañeza hasta que al cabo soltó una carcajada. Esto fué un aguijón de mas: aquella risa argentina, aquella viva alegría tan opuesta á todo sentimiento de desconfianza acabaron de irritar á Mauricio, que ahogó en su corazón un grito de rabia, y recorriendo inmediatamente todos sus bríos, habló de amor y de ternura con el acento de la cólera, lenguaje tenebroso que ciertas palabras extrañas alumbraban á veces con siniestros resplandores. Blanca, fría é inmóvil, parecida á la castidad sorprendida de ver á sus pies las ofrendas destinadas á los altares de la Venus impúdica, Magdalena, mientras que él hablaba, le contemplaba con un aire tan altivo y triste á la vez, que llegó un instante en que Mauricio, aterrado con la mirada de su prima, se quedó de todo punto cortado, como si hubiese estrechado entre sus brazos un mármol insensible. Siempre en la misma actitud, Magdalena continuaba mirándole con su aire triste y grave en que no se descubría ni indignacion ni cólera, y si solo una mezcla de compasion materna, y de dolorosa extrañeza. Mauricio no pudiendo mas, se levantó y huyó espantado.

Cuando al cabo de algunas horas de ese sueño de plomo que sigue á la embriaguez, recordó aquel infortunado al despertarse lo que había pasado la víspera, se sintió morir de confusion y de vergüenza, y no porque su conciencia le remordiese, hacia ya mucho tiempo que usaba para con ella de mucha indulgencia, sino porque no podia soportar el pensamiento de tener que enrojecer ante Magdalena. Como se atrevería á ponerse de nuevo en su presencia?

Ya presentía exajeradas recriminaciones, ya se veía presa de los implacables rencores de una ganoñería hipócrita, porque cuando los jóvenes como Mauricio se hallan obligados á reconocer la virtud en las mujeres se consuelan representándola bajo un aspecto ingrato; hacen de ella un objeto de burla, un espanto. El día caminaba á su fin, y Mauricio luchaba aun con estas reflexiones poco divertidas, cuando entró su prima en su cuarto. El joven se sonrojó y se puso pálido: habría deseado que se hundiese el suelo que pisaban sus pies, y que los techos se desplomasen sobre su cabeza. Con la mano estendida, la mirada cariñosa y la boca risueña, Magdalena le llamó su hermano, tanto que el joven pudo hacerse la ilusion de que había soñado la escena de la víspera. Muy raro es que los hombres bien nacidos no guarden un sentimiento de cariño sincero á la mujer junto á la cual han fracasado, y que pudiéndoles humillar en su derrota, les cubre graciosamente con el manto de su indulgencia y su bondad: nuestro corazón agradece siempre las atenciones que se tienen á nuestra vanidad. Mauricio, aunque no dejase traslucir nada, supo agradecer en su interior la generosidad de Magdalena, y tuvo que convenir en que la

virtud no es necesariamente ridicula é intratable y que puede ser amable una vez por casualidad.

Magdalena venía á suplicar á Mauricio que comiese aquel día con ella. Mauricio miró al cielo que desde por la mañana se deshacía en agua. Salir con un tiempo semejante para ir á comer malamente en cualquiera otra parte no le agradaba mucho, y por otra parte su estómago se resentía de los excesos de la víspera. Bien dicen que las orgías producen al día siguiente los anacoretas. Por último Mauricio que se creia culpable con su prima, aprovechaba la ocasion de poder espíar sus culpas á tan poca costa, y á su vez grande y generoso, condescendió con las súplicas de Magdalena.

XII.

La mesa estaba puesta en un comedorito adornado con un artesonado de encima. La estufa se hallaba cubierta con tiestos de flores; la única ventana que en él había daba sobre los arboles del parque, cuyas hojas se hallaban ya medio agostadas por las brisas de otoño. La mesa era un poco estrecha; el lujo del servicio no hubiera chocado por cierta con los hábitos de un cuakero ó de un cartujo, pero sobre aquel mantel deslumbrante de blancura de donde se exhalaba el rico perfume de la ropa blanca de una casa casada, todo tenía un aire alegre, encantador y casto. Sentado en frente de la joven alemana que hacia los honores de su pobreza con una gracia que no se encuentra siempre entre los ricos, Mauricio se vio obligado á confesar que aquello era un poco mejor que el horrible bodegón donde despues de mucho tiempo comía habitualmente. Los manjares no eran copiosos ni escogidos, pero en cambio eran sanos y estaban sazonados con primor, Ursula había echado toda su ciencia en la cocina aquel día, y puede decirse que había estado afortunada. Limpia, risueña, viva, con el picélisto y la mano ligera, con las mangas remangadas hasta el codo y descubriendo la redondez de sus robustos brazos, había que verla rodando en derredor de sus jóvenes amos, trayendo la comida, llevándose los platos, indicando á Mauricio lo que debía tomar, y próxima á caerse de placer al suelo cuando el joven encontraba las cosas á su gusto. Magdalena apenas comía, y no se ocupaba mas que de su primo, solícita é inquieta como una hermana sirviendo á un hermano. Viéndose objeto de tantos cuidados, Mauricio no podia ménos de darle las gracias, aunque preguntándose en su interior qué era lo que había hecho para merecerlos. Otra sorpresa mas le esperaba á los postres. Ursula se acercó con un enorme ramillete, y se puso á recitar una sarta de cumplimientos que había aprendido de antemano, pero cortada de emoción concluyó antes de tiempo echándose en los brazos de su hermano de leche, felicitándole por la fiesta y cubriéndole de dulces lágrimas y de besos formidables. Magdalena tambien tuvo su vez; tendió á Mauricio su linda mano por encima de la mesa dirigiéndole algunas palabras tiernas y afectuosas. Sin embargo el mantel estaba cubierto de pastillitos y tortas como en Valtravers, un buen frasco de vino añejo que aquellas dos buenas criaturas habían buscado para festejar aquel famoso día, á costa de un mes entero de privaciones y de rigurosas economías, alzaba en medio de las flores su cuello lacrado; el cielo acababa de despejarse enteramente; los pájaros antes de acostarse cantaban en el parque; los fuertes perfumes de las hojas cubiertas de humedad entraban por la ventana abierta, y en fin, próximo á desaparecer en el horizonte, el sol enviaba sobre la mesa uno de sus últimos

rayos que hacía brillar los vasos como otros tantos preciosos cristales.

Desde que Mauricio había abandonado el techo paterno, era la primera vez que le felicitaban el día de su santo. Acordose del tiempo en que aquel día era en Valtravers un día de regocijo para todos; se vió entre la marquesa y el caballero, rodeado de todos los servidores que le prodigaban sencillamente las pruebas de su sencillmo amor. Estas imágenes le ablandaron el corazón. Un temblor eléctrico corrió desde sus pies hasta la raíz de sus cabellos, su frente palideció y sus ojos se mojaron de lágrimas. Magdalena que le observaba, se levantó y corrió á él apoderándose de aquel buen sentimiento. Apoyóse sobre su hombro, inclinó sobre él su virginal cabeza, y semejante al ángel guardian espionando la resurrección de la criatura que se halla bajo su vigilancia, permaneció algunos instantes en una actitud grave y meditabunda. Al pensar en lo que había sido para él, y lo que él había sido para ella, Mauricio sintió en fin que su alma endurecida se ablandaba. Esta vez cojido de improviso, su orgullo, en vez de irritarse, dobló la rodilla y se humilló en presencia de tanta virtud. Ni una sola palabra vino á turbar aquella tierna escena; hasta la misma Ursula hubo de callarse y únicamente cuando el joven se apoderó con precipitación de la mano de Magdalena y la llevó vivamente á sus labios, Ursula no pudo contener uno de esos gritos de adoración que la eran tan familiares como si su hermano de leche acabara de hacer la acción mas magnífica del mundo. La fiesta se acabó en el cuarto de Magdalena á la luz de la lámpara en medio de dulces y familiares conversaciones: hablaron de Valtravers, de la marquesa y del buen caballero, y tambien de aquella tarde de otoño en que se encontraron por la primera vez, Mauricio á caballo y Magdalena victima de las picardías de Perico, sentada sobre la yerba llorando. Ambos recordaron con placer todos los pormenores de su llegada al palacio, la buérfana al lado del joven caballero sin poder sospechar que era su primo; el caballo marchando detras de ellas, las riendas al cuello y mordiéndolo las hojas al borde del camino; la plazoleta iluminada con los últimos rayos del sol en el ocaso, la alegría del joven cuando habló Magdalena del niño Mauricio, las torrecillas del bonito palacio, y por último los dos antiguos amigos levantándose en el peristilo donde estaban sentados para recibir á la extranjera: qué placenteros fueron para ellos todos estos recuerdos! Mauricio sorprendido del encanto que en todo aquello hallaba, al tiempo de retirarse hubo de convenir en que la vida tiene sus buenos ratos, y la pobreza tiene sus fiestas lo mismo que puede tenerlas la fortuna. Entrado en su aposento, vió su mesa de trabajo sin cédula ninguna, vió el retrato de su padre con gran satisfacción, y luego se durmió con una paz extraña, diciéndose que al cabo y al fin su prima y su hermana de leche eran dos buenas criaturas. Su sueño fué sosegado y profundo. Despierto al rayar el alba por la voz de Marcelo que saludaba el día y oraba á Dios cantando y trabajando, saltó con presteza de su cama y emprendió resueltamente su trabajo.

XIII.

El creer á Mauricio salvado, el regocijarse y cantar victoria, el figurarse que no le queda mas que tender la mano para volver á apoderarse de la juventud y de todos los placeres que volaron ya, sería esponerse á crueles desengaños y desconocer al mismo tiempo el pensamiento de Dios que quiere que la rehabilitación sea antes espiaada y no permito

que el hombre pueda subir en un día la santa colina de donde se dejó caer por voluntad propia. Esta pendiente es muy áspera y otros mas fuertes que Mauricio se han detenido á medio camino pálidos, medio muertos, midiendo con espantados ojos el largo trecho que todavía les faltaba. Es cierto que estos de que hablamos no tenían á su lado un ángel para contenerlos, para enjugar el sudor de su rostro, para mostrarles el sendero mas corto y ménos escarpado por donde pueden subir hasta las estúpidas celestes las almas caídas y dejeneradas.

El otoño tocaba á su fin. Ya iba viniendo noviembre, tirando en su capa de nieblas, y chorreando agua, los pies en el lodo y la frente en la bruma. Para conocer lo triste que es esta estacion, es necesario haber vivido solo en París, pobre, sin familia, comiendo fuera de casa, y con la perspectiva de encontrar en ella á la vuelta, una soledad y un completo desamparo. Vuelto de sus aprensiones contra los guisos de Ursula, y obligado por el rigor del invierno á reconciliarse con su familia, Mauricio había concluido por resignarse á comer todos los días con su prima. Muy lejos ya de las emociones del día de su santo, mucho trabajo le costó acomodarse á aquellos hábitos. Sin embargo, cuando soplabla fuerte el viento, y la nieve azotaba los vidrios de las ventanas no le disgustaba el saber que á dos pasos de allí le esperaba la comida en una sala bien calentita y bien cerrada, en donde dos risueñas fisonomías le acogian siempre que entraba con mil amores.

(Se continuará.)

CHATEAUBRIAND

POR

ALEJANDRO DUMAS.

El año de 1769 fué fecundo en grandes hombres. La previsora naturaleza sembraba para el porvenir.

Casi al mismo tiempo nacieron dos niños en este año. El uno en una isla envuelto en los dulces murmullos del Mediterráneo.

El otro cerca de esas áridas playas que baña con sus estrepitosas olas el furibundo océano de la Bretaña.

El uno en una casa que la proscripción habitó desde su nacimiento.

El otro en un castillo habitado siempre por la tristeza.

El uno estaba inscrito desde el siglo XII en el libro de oro de Florencia.

El otro estaba escrito desde el siglo X en el Nobiliario francés.

El uno llevaba en su blason de azul el águila con las alas desplegadas.

El otro llevaba en su escudo flores de lis sembradas con inusitada profusion.

El uno debía ser emperador por medio de la espada.

El otro debía ser rey por el pensamiento.

El uno debía reedificar la derruida sociedad.

El otro debía hallar la religion perdida.

El uno debía dictar el código civil.

El otro debía escribir el *Genio del Cristianismo*, es decir la ley de Dios.

El uno se llamaba Napoleon Bonaparte.

El otro se llamaba Francisco Augusto de Chateaubriand

Hé aquí lo que el emperador decía del poeta:

« Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sa-

grado; sus obras són la prueba de ello. Su estilo no es el de un Racine, es el estilo del profeta. Si llega alguna vez al timón del poder, acaso se estravie, pero lo cierto es que todo lo que es grande y nacional se halla de acuerdo con su genio.»

Hé aquí lo que decía el poeta del emperador:

« Bonaparte combate en viejas tierras llenas de ruido y brillo; no quiere crear mas que su renombre; no se cuida sino de su propia suerte; parece saber que será muy corta su misión, que el torrente que cae de tan alto se agotará

pronto, y se apresura á abusar de su gloria como de una fugitiva juventud. Al ejemplo de los dioses de Homero, quiere llegar de un paso al estremo del mundo; se presenta en todas las riberas, escribe con precipitación su nombre en los fastos de todos los pueblos; reparte de paso coronas entre su familia y sus soldados; se despacha en sus movimientos, en sus leyes y en sus victorias, con una mano deshace reyes y con la otra acaba con el gigante revolucionario, pero al destruir la anarquía ahoga la libertad, y acaba por perder la suya en su último campo de batalla.»



CHATEAUBRIAND.

CHATEAUBRIAND.

Cada cual consideraba que valia mucho, puesto que se tenía en medir al otro.

Estos dos hombres nacidos á trescientas leguas de distancia que debian encontrarse, reunirse, separarse y volverse á unir, fueron creciendo sin conocerse, el uno bajo el nivel del estudio, á la sombra de las altas paredes de un colegio, sometido á esas reglas severas que hacen los generales y los hombres de Estado; y el otro errando por las playas, compañero de los vientos y de las olas, sin otro libro que la naturaleza, sin otro auxilio que el de Dios, esos dos grandes maestros que crean á los visionarios y poetas.

Por eso el uno tuvo siempre un objeto, y el otro no tuvo nunca mas que deseos. — Objeto que el primero alcanzó, — deseos que el segundo no realizó nunca. El uno queria medir el espacio, y el otro intentaba conquistar el infinito.

En 1791 Bonaparte fué á pasar seis meses con su familia, esperando los acontecimientos, y en 1794 Chateaubriand se embarcó en San Malo para tratar de descubrir el paso de las Indias por el noroeste de la América.

Sigamos á este último. El rastro seguro que trazará el poeta, puede ser equivalente á la huella de sangre que trazará el emperador.

Chateaubriand salió de San Malo el 6 de mayo á las seis

de la mañana, y tocó en las Azores donde más tarde debía conducir a Chactas. El viento le llevó sobre el banco de Teranova; atravesó el estrecho, desembarcó en San Pedro donde permaneció quince días perdido entre las nieblas de esta isla, y después volviendo a embarcar alcanzó la latitud de las costas de Mariland. Allí tuvieron que sufrir una larga calma, pero que le importaba al poeta? las noches eran maravillosas, espléndidas las auroras, y los crepusculos admirables; sentado sobre cubierta seguía al globo del sol próximo a sumergirse en las olas que se le aparecía entre el velamen del buque en medio de los espacios sin límites del océano.

Por último se descubrieron encima de las olas algunas copas de árboles que habrían podido tomarse por otras olas de un verde mas oscuro, si no hubiesen estado inmóviles; aquello era la América.

Vasto asunto de reflexiones para el joven poeta era aquel mundo de anales desconocidos, que Séneca advino y que fué después discutido por Colón, pero del que nadie ha sabido hacerse historiador.

Era el tiempo mejor para visitar la América, la América que á través del océano acababa de enviar á la Francia la revolución que ella ya había hecho, la libertad que había conquistado con el auxilio de espadas francesas. Curioso era por cierto el espectáculo de una ciudad floreciente en el mismo sitio en que cien años ántes Guillermo Penn había comprado un pedazo de tierra á un Píñado de Indios errantes.

Chateaubriand se detuvo en Filadelfia, no para ver la ciudad, sino para ver en ella á Washington á quien dió parte de su proyecto, que le animó tendiéndole una mano y que acabó por enseñarle un llave de la Bastilla.

Chateaubriand conservó toda su vida el recuerdo de esta visita. La tarde del mismo día en que le recibió, Washington le había olvidado sin duda. Washington se hallaba en el apogeo de su gloria, era presidente del pueblo de que había sido á la vez general y legislador. Chateaubriand se hallaba en toda la oscuridad de su juventud, y los esplendores de su futura gloria no habían lanzado aun sus primeros destellos. Washington murió sin haber adivinado nada en aquel que en tiempos después, dijo de él y de Napoleón:

«Los que como yo han visto al conquistador de Europa y al legislador de la América, vuelven hoy los ojos de la escena del mundo: unos pocos jugadores que hacen reír ó llorar, eso estado.»

Washington era todo lo que Chateaubriand tenía que ver de curioso en las ciudades americanas. Ademas el ilustre poeta no se había propuesto al atravesar el Atlántico el ver hombres que por lo comun son iguales por todas partes; lo que se proponía era hallar esa voz que habla en las soledades, en el fondo de aquellas selvas vírgenes, á las orillas de aquellos lagos grandes como océanos, y en el centro de aquellas praderas infinitas como desiertos.

Chateaubriand compró dos caballos, tomó á su servicio un holandés que hablaba varios dialectos indios y penetró en los países cortados hoy por el canal de Nueva York que estaban desiertos entonces.

Aquel era su primer paso en la libertad y el infinito; oígame de su boca sus propias sensaciones.

«Cuando pasé el Mohawk, me hallé en medio de unos bosques salvajes que me infundieron una especie de embriaguez. Iba de árbol en árbol, á derecha é izquierda, indiferente y diciendo para mí: Aquí ya no hay caminos, ni ciudades, ni casas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes; y para ver si me hallaba restablecido en mis derechos naturales, me

entregaba á mil actos de voluntad que hacían rabiar á mi holandés que me servía de guía, y que en su alma y conciencia creía que me volvía loco.»

El viajero se despidió de la civilización; ya no tenía otra cama mas que la tierra; la silla le servía de almohada y las capas de mantas.

En cuanto á los caballos, estos erraban en toda libertad con una campanilla al cuello, y por un admirable instinto de conservación no perdían nunca de vista la hoguera encendida por sus dueños para ahuyentar los insectos y hacer que se alejaran las serpientes.

Entonces Chateaubriand principia un viaje parecido al de Sterne; únicamente, en vez de atravesar la civilización, se mete entre las soledades; de tiempo en tiempo una aldea india se presenta de súbito á sus ojos, ó bien se encuentra con una tribu errante; entonces el hombre civilizado saluda al hombre del desierto con uno de esos signos de fraternidad universal que se comprenden en toda la superficie del globo.

Entonces sus futuros amigos entonan el cántico del extranjero:

«Aquí está el extranjero, aquí está el enviado del Espíritu Celeste.»

Después de este cántico un niño le tomaba la mano para conducirlo á la cabaña.

— Aquí está el extranjero.

Y el anciano respondía:

— Niño, puedes introducir al hombre en mi cabaña.

Entonces entraba el viajero bajo la protección del niño é iba á sentarse en las cenizas del hogar como era costumbre entre los griegos. — Le traían la pipa de paz adornada con plumas blancas, fumaba en ella tres ó cuatro veces, y las mujeres entonaban el canto del consuelo.

«El extranjero ha vuelto á hallar una madre y una mujer: el sol saldrá y se pondrá para él lo mismo que ántes.»

Luego se llenaba una copa de agua de arce, una copa consagrada; era una calabaza ó un jarro de piedra que por lo comun estaba siempre al lado de la chimenea. El viajero bebía la mitad del agua y pasaba la copa al dueño de la casa que acababa de vaciarla.

Sin embargo el cuadro se hallaba lleno de contrastes: después de haber solicitado la hospitalidad de los iroqueses, el viajero llamaba á la puerta de un cultivador americano. Allí se encontraba á veces con una familia encantadora, rodeada de todas las elegancias europeas: muebles de caoba, un piano, alfombras y espejos, y todo esto á cuatro pasos de la choza de un iroquo. Por la tarde cuando los criados habían vuelto ya de su labor se abrían las ventanas y las hijas del cultivador cantaban al piano la música de Paisiello y de Cimarosa á la vista del desierto y al murmullo lejano de alguna catarata.

En lugar del espectáculo de esta vida salvaje, en vez de ese recuerdo de la vida civilizada, si se desea la noche, el silencio y la melancolía, no hay mas que leer estas páginas.

«Exaltado con mis ideas me levanté y fui á sentarme á alguna distancia en una raíz que colgaba al borde de un arroyo. Era una de esas noches americanas que el pincel del hombre no podrá representar jamás, y cuyos recuerdos guardaré eternamente en mi corazón.»

La luna estaba en lo mas culminante del horizonte; á grandes trechos se veían brillar mil estrellas; la luna descansaba en un grupo de nubes que parecía la cúspide de una montaña cubierta de nieve. Poco á poco estas nubes se alzaban, se extendían en zonas difusas y ondulosas de raso

blanco, ó se transformaban en ligeros copos de espuma, en innumerables rebajos entrando por las azuladas llanuras del firmamento. Otras veces la bóveda aérea se cambiaba en una playa donde se distinguían capas horizontales y surcos paralelos trazados como por el flujo y reflujo de la mar. Una ráfaga de viento desgarraba de nuevo el velo, y entonces se formaban en los cielos grandes montones de nieve cuya blancura deslumbraba. La escena terrestre no era ménos interesante; la templada luz de la luna flotaba silenciosamente sobre la cima de los bosques, introduciendo sus hermosos rayos hasta en lo mas recóndito de las tinieblas. El estrecho arroyo que corría serpenteando á mis pies parecía una cinta azul sembrada de diamantes y cortada transversalmente con negras bandas. Al otro lado del río, en una vasta pradera natural, la claridad de la luna dormía sin movimiento sobre la yerba. Los alamos dispersos aquí y allí, seguían el capricho de las brisas, unas veces se confundían con el suelo envolviéndole de pálidas gasas, y otras se cubrían de oscuridad y formaban como islas de sombra flotando sobre un mar de luz inmóvil. Al rededor todo era silencio y reposo, interrumpido apenas por la caída de algunas hojas, por el paso de una ráfaga de viento, y los raros é interrumpidos gritos de la lechuga; pero á lo lejos y por intervalos, se oían los solemnes rumores de la catarata del Niágara que en la calma de la noche, se prolongaban en desiertos en desiertos, espirando á través de las islas solitarias.

«La grandeza, la sorprendente melancolía del cuadro no podía expresarse con acento humano: las mas hermosas noches de Europa no pueden dar ninguna idea de lo que son aquellas. En medio de nuestros campos cultivados, en vano quiere extenderse la imaginación, por todas partes encuentra la morada de los hombres. Pero en aquellos países desiertos, el alma se complace en perderse en un océano de eternos bosques, se pierde al resplandor de las estrellas al borde de lagos inmensos y en los golfos de las terribles cataratas.»

Un día el viajero llegó á la catarata del Niágara cuyo ruido se perdía por las montañas en los mil rumores de la naturaleza cuando está despierta, pero que en medio del silencio de cada noche mugía como para servirle de guía y atraerle á ella.

Por fin llegó! Aquella espléndida catarata que Chateaubriand había ido á buscar desde tan lejos, estuvo ya dos veces para ser causa de su muerte. Pero nos callaremos cuando Chateaubriand habla. Hé aquí lo que dice:

«Al llegar fui á ver la catarata, con las riendas de mi caballo enroscadas al brazo. En tanto que me inclinaba para mirar al fondo, una serpiente de cascabel hizo ruido entre las zarzas vecinas: el caballo se espanta, retrocede, se pone de manos y se aproxima al golfo; no puedo sacar mi brazo de las riendas, y el caballo mas espantado cada vez me arrastra consigo; ya sus pies delanteros salen de la tierra, y acurcado como el borde del abismo, no se sostenía sino por la fuerza de las bridas. Estaba perdido, cuando el animal sorprendido también del riesgo que corría, hace un nuevo esfuerzo, se echa hácia atrás de un salto y se lanza á diez pies de la orilla.»

«Pero esto no era todo. Salvado de este peligro accidental, el viajero cae por sí mismo en otro tan terrible.»

«La escalera que había antes en la catarata estaba rota. A pesar de las reflexiones de mi guía, quise ir hasta abajo por una roca cortada á pico de unos doscientos pies de altura y me aventuré en la bajada á pesar de los ruidos de la catarata y del espantoso abismo que hervía debajo de mí.

Sin embargo no perdí la cabeza, y llegué á unos cuarenta pies del fondo, pero aquí la roca lisa y vertical no tenía ni raíces ni hendiduras donde poder asegurar mis pies. Me quedé colgando de una mano sin poder subir ni bajar, sintiendo que mis dedos se iban abriendo poco á poco de cansancio bajo el peso de mi cuerpo y viendo la muerte sin remedio. Pocos hombres hay que hayan pasado en su vida dos minutos como los que pasé yo entonces suspendido sobre el golfo del Niágara. Mis manos se abrieron y caí. Por el acaso mas inaudito me hallé sobre la piedra viva donde hubiera podido hacerme pedazos, sin haberme hecho mucho daño. Me hallaba á una media pulgada del abismo y no había rodado en él, pero cuando empezó á penetrarme el frío del agua, noté que no había escapado tan bien como creía: sentí un dolor insoportable en el brazo izquierdo y vi que me le había partido sobre el codo. Mi guía que me miraba desde arriba, cuando le hice una señal, corrió á buscar á algunos salvajes que con mucho trabajo me volvieron á subir con unas cuerdas y me llevaron á su casa.»

Precisamente en el mismo instante, un joven teniente llamado Napoleón Bonaparte estuvo á punto de ahogarse bañándose en el Saone.

El viajero continuó su camino por los lagos. El lago Erié fué el primero que costó. Desde sus bordes podía ver á los indios como se aventuraban en sus canoas de cortezas sobre aquel mar tan inseguro donde hay tan espantosas tempestades.

Durante todo un año el poeta viajero erró de este modo, bajando las cataratas, atravesando los lagos y las selvas, deteniéndose en medio de las ruinas del Ohio para añadir una duda mas al sombrío abismo del pasado, siguiendo el curso de los ríos, mezclando su voz por la mañana y por la noche á la voz universal de la naturaleza que proclama á Dios, soñando en su poema de los *Natchez*, olvidando la Europa y viviendo de libertad, de poesía y de silencio.

A fuerza de errar de bosque en bosque, de lago en lago, de pradera en pradera, se había acercado sin saberlo de las habitaciones americanas. Una tarde á orillas de un arroyo distinguió un hermoso caserío edificado con troncos de árboles; pidió la hospitalidad y se la acordaron.

Llegó la noche: la habitación estaba solo alumbrada por la llama de la chimenea. Se sentó á la lumbre y en tanto que la dueña de la casa preparaba la cena, se puso á leer al resplandor del fuego un periódico inglés caído en tierra.

«Ápenas le hubo reconocido con los ojos, cuando distinguió estas palabras:

FLIGHT OF THE KING.

FUGA DEL REY.

Era la historia de la evasión de Luis XVI con la noticia de su arresto en Varennes.

El mismo periódico contaba la emigración de la nobleza y la reunion de los nobles bajo la bandera de los príncipes.

Esta voz que penetraba hasta el fondo de las soledades gritándole en los oídos «á las armas!»—le pareció al viajero un fatídico llamamiento.

Volvió á Filadelfia, atravesó los mares impelido por una borrasca que le lanzó en diez y ocho días sobre las costas de Francia, y en el mes de julio de 1792 entró en el Havre diciendo:

— El rey me llama, aquí estoy!

(Se continuará.)

COMBATE DEL NAVIO *EL GLORIOSO* (1693).

La historia militar de la marina francesa ofrece una particularidad poco notada y que merece serlo, y es la de que en tanto que la clase media no podía llegar á los grados superiores en los ejércitos de tierra, obtenía mandos marítimos de la mayor importancia. Juan Bart, Duguay-Trouin, Cassard, Cornic y muchos otros son un glorioso testimonio de lo que decimos.

El motivo de esta diferencia es fácil de encontrar.



Victoria del navio *El Glorioso* sobre diez buques holandeses.

no!atacaban únicamente á los buques mercantes sino también á las embarcaciones enemigas, luchas sangrientas que proporcionaban á los capitanes la ocasión para probar su valor é inteligencia. De este modo, cuando ya habían adquirido cierta nombradía, el rey adoptaba su gloria concediéndoles un empleo en su marina. Sin embargo de esto, siempre conservaban el sello de su origen; el uniforme azul los distinguía de los capitanes nobles que servían también en la marina.

Juan Bart fué uno de esos gloriosos usurpadores de mandos marítimos. (1)

Después de aquel brillante rasgo de valor, cuando el capitán inglés le convidó á comer en su navio y quiso hacerle prisionero por traición, que Juan Bart se apoderó de una mecha

En la tierra solo el rey peleaba, y como todas las posiciones de alguna importancia se daban á los nobles únicamente, estos podían probar su capacidad y conquistar la gloria militar; pero en el mar era otra cosa. Al lado de la marina real, existía otra mas numerosa y mas activa que era á de los armadores.

En cuanto se declaraba la guerra estos cubrían de corsarios todos los pasos, y estos corsarios, muchas veces de la fuerza de las fragatas de aquel tiempo, bien guarnecidos de cañones y servidos por tripulaciones numerosas y aguerridas,

encendida amenazando dar fuego al buque, del cual se hizo dueño enseguida ayudado por los marineros franceses que descubrieron el duro trance en que se hallaba, después de esto decimos, se fué á Versalles donde sus rústicos modales y su franqueza dieron lugar á muchas anécdotas que fueron la alegría de la corte por espacio de muchísimo tiempo.

Colmado de favores fué á tomar el mando del navio *Glorioso* de setenta cañones, que formaba parte de la escuadra reunida en Brest bajo las órdenes de M. de Tourville. Cuando navegaba en este buque (en 1693) una vez que se hallaba separado de la escuadra encontró cerca de Fors diez embarcaciones holandesas que echó á pique ó quemó después de una fuerte refriega. Las pérdidas que tuvo el enemigo durante aquella campaña fueron evaluadas en doce millones de francos.

1 Véase su biografía en nuestro volumen de 1850, pág. 212 y siguientes.

CARLOS VERNET.



El mameluco.

Vamos á volver á ocuparnos, aunque bajo otro punto de vista, de aquel hombre tan gracioso, de aquel satírico pintor de que hemos hablado ya á nuestros lectores con motivo de los *Inglés en Paris*. Así como ya hemos alabado á Carlos Vernet como un caricaturista mordaz, también debemos reconocer en él un diestro pintor de caballos. Los ha pintado de todos los países y de todas las naciones; se hallan en sus lienzos, en sus dibujos y sobre todo en sus litografías de caballos persas, indios, españoles, romanos, normandos y árabes como el que monta el mameluco, y además los ha hecho también lijeros, de pascos, de mano, de caza y de tiro.

Y todos estos hermosos animales los ha pintado con un estilo nuevo, que no se parece ni al de Van der Velde, ni al de Wouwermans, ni al de Van der Meulen, sino que es un estilo suyo propio que se distingue eminentemente de todos los demás. Hay que convenir en que sus caballos son dema-

siado secos, defecto que salta á los ojos de todos, pero en cambio hay en ellos una viveza y finura y una solidez y elegancia sin igual.

La afición á los caballos la tuvo desde que era muy jóven: á los cinco años ya sabía dibujarlos, como lo prueba la siguiente anécdota: un día José Vernet, el gran pintor de marinas, que había notado las precoces disposiciones de su hijo, se puso á hablar de ellas en medio de una sociedad de hombres escogidos, mas como no trataba de disimular lo mucho que le admiraba aquel talento en germen que tanto prometía para lo venidero, todo el mundo se echó á reír de aquella ceguedad paternal. Viendo esto, José envió á buscar á su hijo Carlos. El niño, muy sorprendido, llegó al medio de un salón donde había una numerosa sociedad, y su padre sin darle tiempo para que volviera en sí de su extrañeza le puso en las manos un lápiz y una cuartilla de papel blanco, dicién-

dole que dibujase un caballo. Carlos principiaba su obra: todos gritan en torno suyo: « Bien, muy bien! » pero ha comenzado muy abajo y no caben las piernas. El muchacho, sin embargo, no se corta por eso, acaba el cuerpo, entra con las piernas, y con algunos toques de lápiz figura unas aguas por abajo, de modo que el caballo parece que atraviesa un vado. No hay para que decir que todo el mundo aplaudió de todas veras la mallea del picaro muchacho.

Carlos Vernet no sólo era aficionado á los caballos en pintura, sino que era un ginete incansable. Algunos días antes de su muerte, á los 77 años fué á dar un paseo al bosque de Bolonia con un caballo fogoso al que dejó rendido, sin experimentar por su parte el mas ligero cansancio.

J. J. ARNOUX.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210, 217, 226, 238 y 242.)

Aunque poco suntuosas, las comidas eran en general bastante agradables. Mauricio tenía siempre el formidable apetito que el trabajo lo que le hacia ser indulgente con el servicio. Ursula conocía los gustos de su joven amo, y ponía sus cinco sentidos en los platos que le gustaban y Magdalena por su parte suplía el lujo de los manjares con su esquisita gracia. Mauricio no caía fácilmente en ilusiones tan poéticas; pero sin embargo de tiempo en solía maravillarse de aquella gracia que había desconocido tan largo tiempo y de este modo todo iba bien mientras se hallaban sentados á la mesa. Por desgracia las noches no tenían fin, no para Ursula y para Magdalena, sino para Mauricio que no sabía como pasarlas. Las mujeres se hallan siempre ocupadas en tanto que los hombres no hacen nada absolutamente desde que cesan en su trabajo cotidiano. Sentadas al velador Magdalena y Ursula costan ó bordaban, en tanto que Mauricio con las manos metidas en los bolsillos se paseaba aburrido por el cuarto, iba de una á otra examinando sus labores, se sentaba, se levantaba y volvía á sentarse. Aun entre las personas de mas inteligencia los asuntos de conversacion no son inagotables, sin duda por esto han inventado los hombres las cartas y el ajedrez, lo que les dispensa muchas veces de hablar cuando están reunidos.

Desde aquel día en que había entrado en el cuarto de su prima con ánimo de ultrajarla, Mauricio se había vuelto ménos acradado en sus dichos, y se observaba y se contenía con mas cuidado que antes. Sin embargo, por mas que hacia para dominarse y vencerse, exasperado por el aburrimiento que tiene tambien sus ratos de cólera y de rabia, rara vez dejaba escapar la noche sin soltar alguna palabra amarga. Mas segura de su imperio, Magdalena en vez de encorbar el cuello como antiguamente, le respondía con dulce firmeza en ese lenguaje encantador que emplea la razon cuando se halla temperada por la bondad y la gracia. De tiempo en tiempo Ursula dejaba caer su palabrita como una criada de Molière, y aunque Mauricio empezaba siempre por irritarse, bien luego se encerraba en su silencio y á veces no podia ménos de sonreirse un rato.

A pesar de la angelica bondad y de los solícitos desvelos de Magdalena, las noches eran interminables para Mauricio.

Muchas veces se cortaba el hilo de la conversacion para volverse á andar con gran trabajo. La jóven para pasar el tiempo había suplicado á Mauricio que leyese algunos ratos, pero el jóven no pudo tolerar esta proposicion. En la vida ociosa turbulenta y dispada que había llevado, rara vez se le había ocurrido abrir un libro, nunca había pensado sino en caballos, coches y locuras, y jamas había pensado en buscar en la lectura un alimento para la reflexión. Rechazada una primera vez no por eso se desanimó Magdalena; una noche le entregó á su primo una de las mejores obras de la literatura inglesa el *Vicario de Wakefield*. Sabida es la finura y la tierna sencillez que Goldsmith ha empleado en este libro para contarnos todas las alegrías, todas las angustias de la familia. Mauricio en su profunda ignorancia se negó á leer las primeras páginas, preguntándole á su prima si le tomaba por una criatura á quien le gustan los cuentos de niños, pero Magdalena insistió fuertemente, y mas bien por impaciencia que por bondad y por desbarazarse de importunidades comenzó la lectura de esta admirable narracion. Hay en la pintura de todos los personajes, en la manera como están puestos en escena, en el artificio con que las menores circunstancias se encadenan á la accion, tanto encanto y naturalidad, que una vez empezado, es imposible dejar el libro antes de concluirlo. Mauricio á pesar de su desden soberbio por lo que llamaba cuentos de niños, no pudo resistir á los atractivos de aquella epopeya doméstica. Para esto debemos confesar que sus conversaciones familiares con Magdalena habían ablandado su corazon y le habían preparado para recibir y fecundizar esos preciosos gérmenes. Al ver á que recibían se hallan reservados los destinos mas oscuros, Mauricio comprendió que hay lugar para las virtudes mas elevadas hasta en las mas humildes condiciones. De una vez concluyó la lectura y dió un millón de gracias á su prima por el gusto que había sacado de ella. Desde aquel día nunca volvió á hacerse de rogar; sorprendido con lo mucho que le gustaban las lecturas, admiraba en su interior la razon superior de Magdalena, y dejándose guiar por ella sentía mejorar su condicion. Una vez cerrado el libro, se comunicaban sus ideas y sentimientos; Ursula tomaba parte en la conversacion y de este modo llegaban hasta el momento de acostarse sin haber contado las horas.

Marcelo y su mujer iban de tiempo en tiempo á pasar la noche á casa de Magdalena que la profesaba una amistad sincera. En el fondo de su corazon, veía que Marcelo había sido el instrumento providencial de la rehabilitacion de Mauricio, y nunca podia olvidar que sin él, su primo acaso habría esperado todavia mucho tiempo la ocasion de dedicarse al trabajo. Por su parte los dos artesanos no olvidaban tampoco que á la intervencion de Magdalena habían debido el socorro de Mauricio en una acéaga circunstancia de la que dependía su dicha futura. Ambos conservaban pues un piadoso recuerdo y una exaltada gratitud. Mauricio les imponía aun un poco, á pesar de que ya se hallaban acostumbrados á sus modales y habían concluido por quererle, pero á Magdalena la tenían un verdadero culto que rayaba casi en adoracion. Bien luego conocieron tambien que aquellos dos jóvenes á quienes creían hermanos, no ocupaban el puesto que les era debido, y por eso con ese tacto perfecto, que no es hijo de la educacion, usaban en sus relaciones de vecindad un sentimiento de deferencia y de respeto que no disminuía en nada la sinceridad de su afecto.

De este modo iban algunas veces por la noche cuando los niños estaban acostados, y aun por condescender con Mag-

daleva solian llevar á los niños de cuando en cuando.

Mauricio había clamado en un principio contra las visitas de Marcelo; de la sangre aristocrática que corría por sus venas el pobre jóven no había conservado otra cosa sino el instinto del orgullo y de la ociosidad. Un día le habló á Magdalena de ellos con desprecio, pero Magdalena cuyo ascendiente iba creciendo mas de día en día, y que no permitía burlas sobre este punto, le miró por primera vez en su vida con aire severo y le dijo:

— Sois un ingrato y nada mas. Aun cuando ese pobre Marcelo no hubiese hecho otra cosa sino abrirnos la via del trabajo en donde habeis entrado, deberíais enorullerces en tender la mano á un hombre que ha cerrado los ojos de su anciano padre y que mantiene á su mujer é hijos.

Al oír esta reconvencion tan merecida, Mauricio que algunos días antes había brincado de cólera, enrojeció y cayó como un muero.

Una noche se hallaba reunida toda la familia. Teresa (este era el nombre de la muger del artesano) había traído su labor, y colocadas en torno de una mesa las tres mugeres trabajaban conversando á media voz. Sentado á algunos pasos de ellas, Marcelo las observaba con la espresion benévola de la fuerza en descanso. De tiempo en tiempo, Teresa, sin interrumpir por eso su bordado, levantaba hacia él sus ojos risueños, y la fisonomía del jóven obrero resplandecía entonces con mas alegría. De codos sobre la mesa con una mano metida en los cabellos, Mauricio iba pasando las hojas de un libro que leía, libro que habría sorprendido mucho á Magdalena, si hubiera podido adivinar el veneno que contenía. Aquella noche había tomado el jóven un aire tan indómito y resuelto que Magdalena no sabia que pensar. Con la sagacidad que le era propia, el jóven comprendió bien luego que aquel libro absorvía toda su atencion, y curiosa é inquieta, suplicó á Mauricio que leyese alto, á lo que Mauricio accedió gustoso.

Era aquel libro una de esas novelas que tanto abundaron hace unos quince años y que por fortuna se van haciendo mas raras cada día. Hablaba en ella con desden, con desprecio, del deber y de la familia, pero en cambio se exaltaba la pasion atribuyéndola una mision divina. En aquella novela como en tantas otras que datan de la misma época, el héroe despues de haber burlado todas las ridiculas preocupaciones de que se compone la educacion, despues de haber desafiado á la sociedad, despues de haber sostenido encarnizadas luchas contra las instituciones, acababa por desalentarse. Desesperando de los hombres y de las cosas, é indignado contra una sociedad corrompida que se negaba á recibir las leyes de su orgullo y los oráculos de su genio, para castigarla se refugió en el suicidio como en el último y el único asilo que les queda en el mundo á los grandes corazones y á las hermosas almas. Sin embargo no queria confesarse vencido, y pugnaba por ocultar su derrota y su agonía lanzando al cielo y á la tierra un grito de rabia y de desafío. Todas estas cosas tan peregrinas que han admirado á una generacion entera y verdadera, estaban escritas en un estilo hueco, sonoro y retumbante. Mauricio volvió á hallar en aquel libro la imagen fiel de los pensamientos que le habían devorado por tan largo tiempo y que, aunque adormecidos, podían sin duda alguna despertarse al menor soplo imprudente. Por esto sus ojos se animaban con un fuego siniestro y sombrío, y su voz iba tomando por grados un acento terrible y amenazador. Tanto se había identificado con el héroe cuyas aventuras estaba leyendo que ya creía hablar en su nombre propio, el genio del mal había vuelto

á apoderarse de su presa. Magdalena le escuchaba temblando, Teresa estaba sorprendida, Ursula tenía un aire algun tanto equivoco, y Marcelo manifestaba la espresion de una bondad un poco irónica. Al acabar, Mauricio arrojó el libro sobre la mesa y miró á su auditorio con un ademán de triunfo y de curiosidad, y como queriendo interrogarlos á todos con los ojos.

— Vaya, vaya, dijo Ursula, eso no son mas que tonterías. Pues está bueno: un hombre que quiere gobernar el mundo y que ni siquiera sabe gobernar su vida!

— Triste es el heroísmo de matarse, observó Marcelo. Los hombres de algun valor, siempre tienen que hacer en el mundo algun papel; solo se trata de saber elegirle relativo á la capacidad de cada uno. Yo no soy mas que un obrero, pero estimo mas el trabajo de mis dos brazos, que todas las retumbantes frases de ese libro tan fastidioso como insensato.

Teresa confesó ingenuamente que nada había entendido, y Magdalena se callaba y aplaudía con los ojos las palabras de Ursula, de Marcelo y de Teresa. Anonadado con la impresion que había producido su lectura, Mauricio tomó su sombrero y salió del cuarto. (Se continuará.)

RECUERDOS DE SIERRA NEVADA (ESPAÑA.)

El arriero es acaso en el día en España el único español que se pasea aun con la guitarra ó las manos cruzadas por detras. La edad de oro de las serenatas debajo de los balcones ha pasado hace mucho tiempo, ya no es mas que un recuerdo que sale á relucir de cuando en cuando en el teatro. Los Figaros y los Almaguivas no son mas que personajes de comedia; únicamente el arriero que atraviesa muchas veces por los caminos mas escabrosos y solitarios, y por esto mismo necesita tambien mas distracciones, ha conservado el costumbre de su indolente y gutural melleoa acompañada del ruido de las cuerdas. Arrellanado en su mula tal como nos le muestra M. Giraud en sus *Recuerdos de Sierra Nevada*, que suba ó que baje una cuesta, va cantando siempre algunas coplas que improvisa á menudo en honor de su querida, y aun á veces en honor de su recua.

El cuadro de M. Giraud representa una bajada de Sierra Nevada. Un mozo de mulas abre la marcha. La cuesta es tan pendiente y el sendero tan estrechito que se sorprende uno y casi tiembla al ver que las caballerías van andando en entera libertad.

Las mulas llevan literalmente las bridas sobre el cuello, y sin embargo, el abismo está ahí, un abismo de algunos cientos de metros de profundidad; un solo paso en falso (bastaría para despenarlos); pero en los países de altas montañas siempre sucede así; el animal es el que guía al hombre. Por otra parte las mulas se hallan tan acostumbradas á esos caminos peligrosos que saben mejor que los hombres donde deben poner el pie. Ademas la mula es voluntariosa y testaruda: cuando se la hincan las espuelas se detiene; cuando se la pega se echa al suelo, si la tiran las bridas toma el galope, con que lo mejor que hay que hacer es abandonarse á ella.

A veces suelen abusar en esos pintorescos y horribles caminos de la sierra de la necesidad absoluta que el hombre tiene de sus servicios, porque son acaso las únicas caballerías que pueden pasar por aquellas gargantas y desfiladeros. Ya se ven tambien algunos caballos, de esos caballitos andaluces nerviosos y secos como ellas, pero regularmente solo los montan los forasteros, que ordinariamente tienen bastante miedo á las mulas. Sin embargo, ya hemos dicho

que para esos penosos viajes deben preferirse las mulas á los caballos. En cuanto á los arrees, mulas y caballos los llevan casi idénticos. La silla se compone por lo comun de dos ó tres mantas de colores, con dos dobleces, y á veces de una especie de almohadon para atenuar la aspereza de

los huesos del animal, y para que pueda el jinete sentarse bien encima; á los lados van unos anchos estribos de madera. Los arrees de la cabeza llevan tantos pompones, cintajos y cascabeles que apenas puede distinguirse el perfil del animal. Otras veces tambien, como lo indica el cuadro de



Exposicion n de 1850-51.—Recuerdos de Sierra Nevada, cuadro de M. E. GIRAUD.—Dibujo de M. KARL GIRARDET.

M. Giraud, la silla ó albarda es bastante ancha para que pan en ellas dos viajeros. El guia va delante en una mula, ó á pié, con la guitarra en la mano y el trabuco. Nada es tan curioso como uno de estos viajes. De tiempo en tiempo se encuentran hileras de borriquillos que bajan de las regiones superiores cargados de nieve que llevan á Granada para el consumo del día, porque las cúspides de Sierra Nevada se hallan constantemente cubiertas de nieve.

CHATEAUBRIAND.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Véase la página 244.)

En el mismo instante en que Chateaubriand ponía los pies en el buque que le llevaba en socorro del rey, un joven capi-

tan de artillería apoyado en un árbol de los terraplenes de la orilla del Sena miraba á Luis XVI mostrándose por un balcón del palacio de las Tullerías con el gorro republicano, y con voz sorda murmuraba:

—Hombre perdido!

«De este modo, dice el poeta, aquello que me pareció un deber, echó por tierra los primeros designios que yo había concebido, y produjo la primera de esas peripecias que le experimentado en mi carrera. Los Borbones no necesitaban sin duda que un noble oscuro de la Bretaña viniese del fondo de la América á ofrecerles su amor ignorado. Si hubiese encendido la luz de la casa en que me hallaba con el periódico que ha cambiado mi vida, nadie habría notado mi ausencia, porque nadie sabía que yo existía. Una simple reflexión de conciencia me volvió á llevar á la escena del mundo, habría podido hacer lo que hubiera querido, puesto que era yo el único testigo del debate, pero precisamente la conciencia es también el único testigo ante el cual mas temería ruborizarme.»

Chateaubriand trajo entonces *Atala* y los *Natchez*.

En cuanto llegó, como si el joven viajero hubiese querido clavar su porvenir en Francia, se casó. Fue una precaucion que tomó contra si mismo? quiso acaso el esposo refrenar los impulsos del poeta?

M. de Chateaubriand y su mujer fueron á habitar el callejon sin salida Ferou, nido sombrío, oculto detras de San Sulpicio. Ademas, al futuro soldado de Condé le hubiera sido imposible el ocultarse.

La Francia habia cambiado mucho en diez y ocho meses que hacia que la habia dejado; habia muchas cosas nuevas, y sobre todo muchos hombres nuevos, hombres que se llamaban Barnavé, Danton y Robespierre; en cuanto á Mirabeau, ya habia muerto.

Sin embargo Chateaubriand quiere conocer uno tras otro á todos estos hombres consagrados á partidos diversos, pero que todos debian espirar en un mismo cadalso.

Visita á los Jacobinos; va al club aristocrático, al de los literatos, al de los artistas: las personas decentes están en mayoria, y aun se ven entre ellos grandes señores.

Chateaubriand vió y oyó á todos esos hombres. Desmoulin tartamudeaba, Danton hablaba fuerte, Legendre juraba, y Clotz tenia la boca llena de blasfemias; todo esto le dió miedo.

Entonces resolvió el irse al extranjero con los nobles alistados bajo la bandera de los principes; desgraciadamente le faltaba una cosa y era *dinero*.

Hay épocas en que esta palabra es el único pasaporte de las gentes honradas. Por último halló un notario que quiso prestarle doce mil francos. M. de Chateaubriand colocó su tesoro en una cartera y puso la cartera en su bolsillo: estos doce mil francos eran su vida y la de su hermano.

Pero el hombre propone y dispone el diablo. El futuro emigrado se encuentra con un amigo, le confiesa que posee doce mil francos, el amigo es jugador, el juego es epidémico, en una palabra, M. de Chateaubriand entra en un garito del Palacio-Real, juega y pierde diez mil quinientos francos de los doce mil que llevaba.

Felizmente lo que debió hacerle perder la cabeza, le volvió en su juicio. Como el futuro autor del *Genio del Cristianismo* no era un verdadero jugador, guardó en su cartera los mil quinientos francos que le quedaban, salió de la casa malolta, subió á un fiacre, y de vuelta en su casa, quiere sacar su cartera, pero en vano.

La cartera se quedó en el carruaje. Baja precipitadamente, pero el coche se habia marchado ya.

Echa á correr en busca suya: unos chicos le dicen que ha vuelto á pasar por allí con alguien dentro: felizmente un mozo de esquina conoce al cochero, sabe donde vive y le da sus señas; M. de Chateaubriand se pone á esperarle á la puerta hasta las dos de la mañana.

Llega en efecto el cochero; se visita el coche, pero ya habia desaparecido la cartera.

Desde que bajó M. de Chateaubriand han entrado en el carruaje tres descamisados y un sacerdote.

El cochero no sabe en donde viven los descamisados pero si conoce la habitacion del sacerdote.

Como son las tres de la mañana es imposible ir á despertarle á esa hora: M. de Chateaubriand se vuelve á su casa y se duerme rendido de cansancio.

Però el mismo dia le viene á despertar á él el sacerdote trayéndole su cartera con sus 4500 frs.

A la otra mañana M. de Chateaubriand sale para Bruselas con su hermano mayor y un criado vestido como ellos que pasa por amigo.

El desgraciado criado tenia tres defectos:

El primero, de ser muy respetuoso en un principio.

El segundo, de ser muy familiar despues.

El tercero, de soñar en voz alta.

Por desgracia estos sueños podian traer graves compromisos; soñaba siempre que querian prenderle y se echaba fuera de la diligencia; la primera noche entre los dos hermanos pudieron contenerle; la segunda le abrieron la portezuela, y el pobre diablo saltó á tierra, y continuando su sueño despierto ya, huyó á través de los campos sin sombrero.

Los dos viajeros creyeron que aquella noche se habian desembarazado de él: un año despues sus declaraciones le costaron la vida al hermano mayor de M. de Chateaubriand.

Por último los dos hermanos llegaron á Bruselas.

En Bruselas era el punto de reunion de todos los realistas. De Bruselas á Paris habia cuatro ó cinco jornadas de marcha, de modo que en cinco ó seis dias, ó en ocho como decian los pesimistas, se entraba en Paris.

Por esta razon todos se sorprendian de que los dos hermanos hubiesen ido á Bruselas en vez de esperar en Paris, y por eso mismo no hubo un puesto para el recién venido, ni aun en el regimiento de Navarra, en el que habia desempeñado el cargo de teniente en otros tiempos.

Unas cuantas compañías bretonas, como los antiguos cuervos francos, que iban á hacer el sitio de Thionville, fueron ménos escrupulosos que los señores de Navarra, y acogieron á su compatriota permitiéndole que entrase en sus filas.

Como lo estamos viendo, M. de Chateaubriand no estaba destinado á prosperar en la carrera de las armas; promovido al grado de capitán de caballería para subir á las carrozas de la corte, y vuelto otra vez á ser subteniente, concluía por marchar ahora al sitio de Thionville como simple soldado.

Al salir de Bruselas, M. de Chateaubriand se encontró con M. de Montrond: ambos se reconocieron como perteneciendo á la misma raza.

—De donde venis, caballero? preguntó M. de Montrond.

—Del Niagara.

—Y á dónde vais?

—A la guerra.

Ambos interlocutores se saludaron y cada cual echó á andar por su lado.

Diez leguas mas allá M. de Chateaubriand se encontró con un hombre á caballo:

- A dónde vais?
- A batirme.
- Cómo os llamais?
- M. de Chateaubriand. Y vos?
- Federico Güllermo.

Este hombre que iba á caballo era el rey de Prusia que se alejó diciendo:

— Bien se reconoce la nobleza de Francia.

M. de Chateaubriand habia marchado para tomar á Thionville como habia ido á buscar el pasaje del Noroeste, pero ni halló el pasaje ni tomó á Thionville. Únicamente en la primera empresa se rompió un brazo, y en la segunda salió herido en una pierna por una viga inflamada.

Al mismo tiempo que M. de Chateaubriand recibia esta herida, un jóven comandante de batallon llamado Napoleon Bonaparte salia herido de un bayonetazo en el muslo en el sitio de Tolon.

Una hula quiso atravesar tambien al voluntario realista, pero halló entre su frac y su pecho el manuscrito de *Atala* y hubo de amortiguarse en él.

A esta herida se unió la enfermedad de las viruelas, y á estas dos plagas, otra más grave todavía, la derrota.

En Namur pasaba por las calles trémulo de fiebre; una pobre mujer le arrojó una manita.

Al salir de la ciudad se cayó en un barranco: pasaba la compañía del príncipe de Ligne; el moribundo alargó un brazo, vieron que aquel cuerpo vivia todavía, tuvieron compasion de él, le echaron en un carro y le dejaron á las puertas de Bruselas.

Los belgas que tan bien explotan el pasado, pero que no han recibido aun del cielo la facultad de leer en el porvenir; los belgas que no adivinaban que algun día la falsificación de las obras que publicaria aquel jóven enriqueceria á tres ó cuatro falsificadores, los belgas cerraron sus puertas al pobre herido, que sin poder ya mas se arrojó en el dintel de una posada hasta ver lo que sucedia: ya que habia pasado tan á tiempo la compañía del príncipe de Ligne quizá le vendria tambien algun sosten desconocido enviado por la Providencia. Siempre es bueno esperar aun cuando se esté á las puertas de la muerte.

En efecto no le faltó la Providencia al moribundo, puesto que le envió á su hermano.

Ambos jóvenes se reconocieron y tendieron á un tiempo los brazos: el recién llegado estaba rico, pues puso mil docientos francos á la disposicion de su hermano.

Tambien quiso llevarsele consigo, pero felizmente nuestro poeta se hallaba demasiado débil para seguirle. Nuestro poeta entró en casa de un barbero donde recuperó sus fuerzas, en tanto que su hermano volvió á Francia donde el cadalso le esperaba.

Cuando despues de una larga convalecencia M. de Chateaubriand partió para Jersey, de donde queria pasar á la Bretaña; cansado de la emigracion, quiso hacerse vandeano.

Se fió una barquilla gracias á unos veinte pasajeros que se habian reunido para sufragar los gastos. Cuando estaba en alta mar se levantó un temporal de repente y hubo que bajar á la cámara, donde se ahogaban. El convaleciente no se hallaba muy fuerte todavía, de modo que cayeron sobre él y lo estropearon. En Guernesey se saltó á tierra y le encontraron desmayado, casi muerto.

Bajáronle y le pusieron contra una pared con el rostro vuelto al sol, para que rindiese con mas facilidad el último

suspiro. La muger de un marinero pasó y llamó á su marido. Con la ayuda de tres ó cuatro marineros, pusieron al moribundo en una buena cama; al día siguiente le embarcaron en el sloop de Ostende y llegó á Jersey delirando.

Hasta la primavera de 93 no estuvo el enfermo en estado de continuar su marcha. Entónces salió para Inglaterra, prometiéndose el alistarse bajo la primera bandera blanca que encontrase. Pero allí en vez de continuar la mejoría, empezó á enfermar del pecho, y consultados los médicos le ordenaron un reposo absoluto, declarando que á fuerza de cuidados podria vivir aquel enfermo unos dos ó tres años.

La misma prediccion le hicieron al autor de la *Pucelle*, y esta y aquella profecía, por fortuna, salieron falsas.

Como la sentencia de los médicos condenó á M. de Chateaubriand á dejar el fusil, no halló nada mejor que hacer un cambio que desquitarse con la pluma. Entónces escribió los *Ensayos* y trazó el plan del *Genio del Cristianismo*. Pero como estas dos grandes obras no podiesen impedir en aquella época que el autor se muriese de hambre, se ocupaba en sus ratos perdidos en hacer traducciones que le pagaban á libra cada pliego.

En esta cruda lucha pasó los años de 94 y 95.

Otro hombre luchaba tambien al mismo tiempo con el hambre, y era aquel jóven comandante de batallon á quien se debía la toma de Tolon. El director del comité de la guerra Aubry, le habia quitado el mando de la artillería, de cuyas resultas tuvo que volver á Paris donde le ofrecieron ponerle al frente de una brigada de la Vandée, pero el jóven no pudo aceptarlo, de manera que sin empleo ninguno, en tanto que Chateaubriand comia con sus traducciones, él se ocupaba en formar notas sobre los medios de aumentar el poder de la Turquía contra las invasiones de las monarquias europeas.

A principios de setiembre, el jefe de batallon, desprovisto de todo recurso, tomó la determinacion de arrojarse al Sena, y ya iba caminando con direccion al rio, cuando se encontró con un amigo á la entrada del puente.

— Dónde vas? le preguntó este.

— A tirarme al Sena.

— Y porqué?

— Porque no tengo un sueldo.

— Pues yo tengo veinte mil francos, divídámolos.

Y el amigo dió diez mil francos al jóven ofical que nose arrojó al Sena y que el 4 de octubre fué al teatro Feydeau, donde supo que la guardia nacional de la seccion Letellier hizo retroceder á las tropas de la Convencion mandadas por el general Menou, y que se estaba buscando á un general para reparar aquel revés.

Al día siguiente á las cinco de la mañana, el general Alejandro Dumas recibia de la Convencion la orden de tomar el mando de la fuerza armada. El general Alejandro Dumas no estaba en Paris, y Barras, nombrado general en su lugar, solicitaba y obtenia la autorizacion de que entrara á servir con él el comandante de batallon Napoleon Bonaparte.

El 5 de octubre es el 13 vendimiario.

Napoleon acababa de salir de su oscuridad con una victoria; Chateaubriand iba á salir de la suya con una obra maestra.

La jornada del 13 vendimiario fijó sin duda los ojos del escritor en el general; pero á su vez la aparicion del *Genio del Cristianismo* fijó los ojos del general en el poeta.

MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE PARIS.

El rinoceronte ha sido siempre un animal muy raro en Europa. El primer rinoceronte que se vió fué aquel de que habla Plinio como habiendo sido presentado al pueblo romano por Pompeyo. Augusto hizo matar otro en el Circo cuando celebró su triunfo sobre Cleopatra. Strabon tuvo ocasion de ver otro en Alejandria y los tres eran únicamente de un solo cuerno.

En la época del renacimiento, el impulso que tomó el comercio unido á la curiosidad excitada por las producciones naturales de los países extranjeros, hizo que se trajeran á nuestras rejones algunos de esos animales.

El primero que se vió tenia un solo cuerno; fué el enviado de las Indias al rey de Portugal, Manuel, en 1513. Este se le regaló al papa, pero el animal pereció en el camino con el buque que le llevaba. El célebre pintor Alberto Durero sacó un grabado de él, grabado que ha servido durante mucho tiempo cuando se ha querido pintar al rinoceronte.

En 1685 trajeron otro de Inglaterra. En 1739 y 1744 se vieron otros dos que fueron paseados por toda Europa. Sin duda uno de estos fué el que vino á Paris en 1749. En 1774 llegó otro jóven, muy jóven á la casa de fieras de Versalles que murió quince años despues; de este es del que habla Buffon en sus suplementos. En 1800 un sexto animal muy jóven, viniendo de las Indias con direccion á Viena, murió en Londres en cuanto llegó, y fué diseccionado por M. Tomas que publicó sus observaciones en las *Transacciones filosóficas*. En 1818 un donador de fieras trajo otro á Paris que fué observado por Cuvier. Desde entónces se habian visto algunos en Inglaterra pero ninguno en el continente, y por consecuencia el que acabó de adquirir el Museo de Historia natural de Paris puede contarse por el octavo individuo de esta especie que haya tocado el continente europeo despues del del rey Manuel, y por el décimo quinto desde el origen de los tiempos históricos.

Sin embargo es una cosa incontestable que estos animales tan raros hoy en Europa eran muy comunes en los remotos tiempos en que el hombre no habitaba esta parte del mundo todavía, puesto que se descubren huesos de rinocerontes enterrados en el seno de la tierra no solo en el mediado de la Europa sino hasta en las partes mas septentrionales de ella.

Los primeros restos de esta especie de que se ha hecho mencion, son aquellos que fueron recojidos en Inglaterra en 1668 cerca de Cantorbery dentro de un pozo, y que fueron descritos en las *Transacciones filosóficas* en 1704 como pertenecientes al hipopotamo; pero Grew les restituyó bien luego al rinoceronte.

En 1751, en la cadena del Hartz, se desenterró un gran número de huesos de esta naturaleza, que por su magnitud se tomaron por huesos de elefante; pero el célebre anatómico Meckel, que com paró uno de los dientes encontrados con los del rinoceronteyivo que habia visto en Paris, probó de un modo concluyente, que los huesos hallados en el Hartz pertenecian al rinoceronte.

Veinte años despues de este descubrimiento, otro muy extraordinario que se hizo en Siberia, vino á arrojar una nueva luz en la cuestion. Un rinoceronte fosil, no ya reducido únicamente á sus huesos, sino entero, con su piel, fué hallado el mes de diciembre de 1774 á orillas del Wiluj, rio de la Siberia; lo que le caracterizaba es que estaba cubierto de pe-

Cuál de estos dos hombres dió los primeros pasos hacia el otro? Este es un secreto de coqueteria escrupulosamente guardado por los dos.

Entrado en Francia en 1800, M. de Chateaubriand dedicó al primer cónsul una edicion del *Genio del Cristianismo*.

El éxito de esta obra fué inmenso; se habia andado sobre tantas ruinas que ya se deseaba descansar bajo algun monumento.

Y lo que fué mas arruinado y hecho polvo entre todas las cosas destruidas, fué sin duda ninguna la religion.

Se habian fundido las campanas, se habian destruido los altares, se habian hecho pedazos las estatuas de los santos, se habia ahorcado á los sacerdotes, se habian inventado falsos dioses efimeros y vagabundos, al mismo tiempo que se devastaban las ciudades; en fin, se habia hecho de la iglesia de San Sulpicio, el templo de la Victoria, y de Nuestra Señora el de la Razon.

No habia altar mas verdadero que el cadalso, ni otro templo que la plaza de la Greve.

Solo las grandes almas, en medio de aquella desolacion sin ejemplo, conservaban algunas esperanzas.

Cuando se publicaron los primeros fragmentos del *Genio del Cristianismo*, se aspiraron como los primeros soplos de un aire puro despues de una epidemia, como las emanaciones de la vida despues de los miasmas de la muerte.

No era en efecto consolador que en el mismo instante que todo un pueblo ahullando á las puertas de las ensangrentadas cárceles, bailando sobre la plaza de la Revolucion en torno de un cadalso activo siempre ó gritando: « No hay religion, no hay Dios! », no era consolador, decimos, que un hombre perdido en una noche clara, en medio de las virgenes selvas, tendido sobre el musgo, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en la luna cuyos rayos parecian ponerle en contacto con el cielo, murmuraba estas palabras:

« Hay un Dios! las flores de los valles y los cedros del Líbano le bendicen; el insecto murmura sus alabanzas, los pájaros le cantan entre las hojas, el viento le susurra en el bosque, el rayo atestigua su presencia, el océano muge su inmensidad.

» Únicamente el hombre dice: No hay Dios!

» Por ventura el que tal dice no ha alzado jamas sus ojos al cielo, en sus infortunios? Acaso no han errado nunca por sus estrelladas regiones en que los mundos han sido sembrados como arena? Yo he visto, es bastante, yo he visto al sol suspendido á las puertas del ocaeo en ropajes de púrpura y de oro; he visto la luna en el horizonte opuesto colgada como una lámpara de plata en el oriente azul, y he visto los dos astros mezclando en el zenit sus colores de carmin y albayalde. La mar multiplicaba la escena oriental en collares de diamantes, y hacia rodar la pompa del Occidente en olas de rosas; las aguas tranquilas, espiraban suavemente á mis piés en la ribera y los primeros silencios de la noche así como los últimos murmullos del día luchaban en las colinas, en el fondo de los rios, en los bosques y valles.

(Se continuará.)